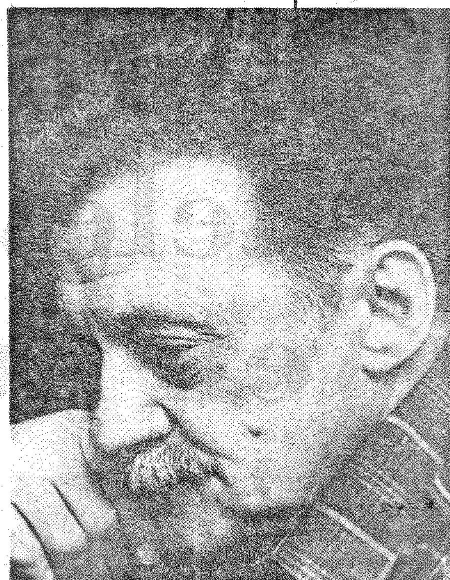
El narrador uruguayo escribe un texto exclusivo para *Clarín* sobre los escenarios montevideanos de su infancia y adolescencia, que reaparecen en su última novela, "La borra del café", que en estos días distribuye Espasa-Calpe

El barrio también existe



Por Mario Benedetti

Debo confesar que mi cocina literaria nunca se especializó en manjares o en dietas exóticas, sino más bien en viandas cotidianas. Sus elementos fundamentales han sido un infiernillo, nada dantesco, para usos generales, digamos para dorar píldoras y anécdotas, una olla a presión (con silbato anti ínfulas), y sobre todo un tacho de basura para adjetivos desechables.

Con **La borra del café** me viene ocurriendo algo curioso. Los lectores vírgenes me preguntan tímidamente si es autobiografía, pero los que me conocen al dedillo, como saben que cuando escribo en primera persona soy terriblemente mentiroso (eso es la ficción, ¿no?), descartan que allí comparezca nada real. Y sin embargo.

Yo diría que esta novela puede tener un envase autobiográfico y un contenido imaginario, pero no viceversa. Tal vez ello se deba a que en mi culebrón secreto (no en el currículum público) los envases han sido casi siempre más cautivantes que los contenidos. Quizá por eso es altamente improbable que alguna vez escriba mis memorias, porque ahí sí garantizo que nos aburriríamos. Lectores, editores, críticos y en primer término este humilde servidor.

¿Por qué digo que el envase es autobiográfico? Porque en mi infancia y en mi adolescencia viví en los mismos barrios y hasta en las mismas calles que Claudio, mi protagonista. Mis padres tenían efectivamente la obsesión de mudarse de casa con una frecuencia casi escandalosa; en realidad, mientras viví con mis padres, recorrí más barrios que mi personaje. Por supuesto, después que me casé, permanecí, como desquite, veintisiete años en la misma casa, y acaso estaría todavía allí si la dictadura no hubiera tenido a bien organizarme otras mudanzas.

Antes de escribir esta novela estuve especulando acerca de cuál, entre todos estos barrios, era **mi** barrio, o sea, en cuál me había sentido más cómodo, más integrado, y de inmediato supe que había sido Capurro. Aunque provengo del Interior (nací en Paso de los Toros, en el centro mismo de la República), mi familia se trasladó a Montevideo cuando yo tenía cuatro años. Pero eso era lo normal en aquellos tiempos. En los años veinte, treinta y hasta cuarenta, prácticamente el noventa por ciento de los montevideanos habíamos nacido en el Interior. Ahora, no sé por qué, les ha dado por nacer en Montevideo. Allá ellos.

De modo que me considero espiritualmente oriundo de Capurro, que, como digo en la novela, no es tanto un barrio como un bolsón barrial, con un extremo en la avenida Agraciada y otro en el Parque Capurro, y todo porque hasta allí llegaba, a galope tendido, el tranvía 22 de mis nostalgias.

Lo extraño fue que, junto con esa cabal asunción de mi pasado, advertí con remordimiento que nunca más había vuelto por allí. Intenté justificarme con mis doce años de exilio involuntario, pero ¿y los otros cuarenta y siete? Llamé entonces a mi hermano, que también posee una infancia capurrense y ahora por lo menos tiene auto, y en una mañana soleada de domingo emprendimos esa excursión al pasado remoto. Salvo el parque de nuestras correrías, que sufre un total abandono, y la ausencia del admirable, amarillo y ferrugiento tranvía 22, el barrio está igualito. Con admirable dignidad ha resistido la **piqueta del progreso** y el zafarrancho edilicio (sin ediles, claro) de los militares, que en otras zonas perpetraron verdaderos estropicios urbanos.

La calle

Recorrimos varias veces la calle Capurro desde el paso a nivel junto a Uruguayana, hasta los restos del parque, sin poder ubicar nuestra casa. Tampoco nos poníamos de acuerdo sobre dónde había estado la cancha del club Lito. Como era domingo, había poca gente en las calles, pero mi hermano decidió detener el coche frente a una señora que se apoyaba en una reja. Le preguntó por la cancha del Lito y ella dijo que no sabía porque era nueva en el barrio, hacía **solo veinte años** que vivía allí, pero agregó: "Miren, ahí viene doña Clara, ella sí debe acordarse". Doña Clara no solo se acordó, sino que además nos miró detenidamente y preguntó cómo nos llamábamos. Se lo dijimos y entonces acotó: "Ya me parecía que ustedes eran los hijos de don Brenno, el químico, y de doña Matilde, que cosía tan bien". Quedamos estupefactos ante el alarde memorioso de la señora. Nos aclaró además que si no reconocíamos nuestra casa de entonces era porque le habían cambiado totalmente el frente. Charlamos un buen rato con doña Clara, realmente fascinados ante ese Archivo General de la Nación Capurrense. Le costó admitir que don Brenno y doña Matilde hubieran muerto. Agradecimos sus datos y su erudición y nos alejamos de allí, meditabundos. Después de un rato, dijo mi hermano: "Parece que los rasgos familiares se mantienen". Por mi parte pensé que, cuando nos fuimos de Capurro, mi padre solo tenía 35 años y yo ahora más de 70. O sea que a la mirada sagaz de doña Clara, mi aspecto podría ser el del padre de mi padre. Qué lío. También a nosotros, como a nuestra casa, nos habían cambiado el frente.

Pero no solo Capurro forma parte del contexto autobiográfico. También está Punta Carretas. Allí vivimos en la calle Ariosto, al costado de la entonces penitenciaría y ahora inminente **shopping center**. (No quiero ni pensar en los fantasmas que recorrerán el **shopping** en noches de tormenta). Incluso mi abuela materna, que era viuda, vivió un par de años entre la iglesia y la carbonería **El buen trato**, por donde los famosos presos se fugaron. Es cierto que durante la noche ella escuchaba extraños ruidos y creía a pie juntillas que los vecinos se dedicaban a falsificar moneda. Lo demás es puro cuento.

Carne de fábula

Otras referencias autobiográficas son los dos Graf: el **Zeppelin** y el **Spee**. Pero el Dandy, el ciego Mateo, María Eugenia, Luisa, el padre Ricardo, los padres y abuelos del protagonista, el tío Edmundo, Norberto, Fernando, Daniel, Sonia, Rosalba, la tía Joaquina, Natalia y Quique, Elenita y el Paraguas, y por supuesto Mariana, Rita y el propio Claudio, todos son carne de fábula. Juliska, en cambio, lo es solo a medias, porque supe de un caso, cercano a la familia: una de esas yugoslavas importadas para el servicio doméstico (algo semejante a lo que hoy sucede en Madrid con las filipinas y dominicanas) que se armaba lindos entreveros con el castellano. Por cierto, hace pocos años conocí en Montevideo a un compatriota de Juliska, un tal Bogdan, que (a pesar de que se trataba de un hombre muy culto y con licenciaturas varias) también confundía los géneros. Es más bien a este último al que tomo como referencia. Tanto Juliska como Bogdan eran (o son, vaya uno a saber) muy buena gente; habría que encontrarlos para que trajeran la paz a Yugoslavia.

Un personaje como Rita es poco frecuente en mi narrativa. Algún crítico sugirió que Mariana y Rita se complementan como Eros y Tanatos. Quizá tenga razón. En todo caso me negué a representar a la muerte como un personaje lóbrego y tenebroso. Pensé que para seducir a un adolescente, a un muchacho, la muerte también tenía que ser una muchacha. Después de todo, los jóvenes le huyen a lo tétrico como el diablo a la cruz.

En cuanto a las recurrentes 3 y 10, con el hombrecito-minutero y la mujercita-horario, destinados a encontrarse en un minuto de amor, hace años que les propongo la idea a amigos pintores y nadie me hace caso. Por eso, ya que no soy pintor, decidí pintarla pero con palabras; de ahí que el reloj se convierta en un personaje más. En cuanto al título, fue todo un problema, porque eso de "borra del café" solo se entiende en algunos países de Sudamérica. En México se dice "sedimento" y en España "poso". Hubo sugerencias de cambio, pero me mantuve en mis trece. "Sedimento de café" me parecía un título descafeinado; "Poso de café", simplemente una errata. Por fin, decidí escudarme en el antecedente entrañable e ilustre de Cortázar. Cuando publicó **Rayuela**, solo en estos pagos entendieron de qué se trataba, ya que, aunque el juego existe en muchos países, en cada sitio tiene un nombre distinto. Hoy todo el mundo sabe qué es y cómo se juega la rayuela. Salvadas todas las distancias, confío ingenuamente que ocurra algo así con mi modesta borra. Después de todo, yo no creo en la cafetomancia (¡vaya delirio!) pero mi personaje sí, y eso debe ser respetado por todo autor que se respete.

"En los años veinte, treinta y hasta cuarenta, prácticamente el noventa por ciento de los montevideanos habíamos nacido en el Interior. Ahora, no sé por qué, les ha dado por nacer en Montevideo. Allá ellos."

